

«Irreverente e inteligente, Dana Schwartz es una de las escritoras más brillantes de su generación.»

NEIL GAIMAN

CROSS  
BOOKS



# anatomía

una historia de amor

dana schwartz

dana schwartz

# anatomía

una historia de amor



CROSSBOOKS, 2023  
crossbooks@planeta.es  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Anatomy. A Love Story*  
© del texto: Sidley Park, 2022  
© de la traducción: Victoria Simó Perales, 2023  
© Editorial Planeta S. A., 2023  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: junio de 2023  
ISBN: 978-84-08-26983-0  
Depósito legal: B. 9.837-2023  
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# 1

La rana estaba muerta, no le cabía la menor duda. Ya estaba tibia cuando Hazel Sinnett la encontró. Había salido a dar su paseo diario después del desayuno y la rana yacía allí, en el sendero del jardín, tumbada de espaldas como si tomara el sol.

Hazel no daba crédito a su buena suerte. Una rana tirada en el suelo. Una ofrenda. Una señal divina. Los grandes nubarrones grises que cubrían el cielo amenazaban una lluvia inminente. Lo cual significaba que hacía un tiempo ideal. Pero las condiciones climáticas no durarían demasiado. Tan pronto como la lluvia se desatara, su experimento se iría al garete.

Escondida tras los arbustos de azaleas, Hazel echó un vistazo al entorno para asegurarse de que nadie la estuviera observando antes de arrodillarse —su madre no estaba asomada a la ventana de su alcoba en la primera planta, ¿verdad?—. Y, disimuladamente, envolvió la rana con su pañuelo para esconderla en la cintura de la enagua.

Las nubes se acercaban. Disponía de poco tiempo, así que Hazel dio por finalizado el paseo y emprendió el regreso a toda prisa al castillo Hawthornden. Entraría por detrás para

que nadie le hiciera preguntas y regresaría sigilosamente a su alcoba de inmediato.

Hacía calor en la cocina cuando Hazel la recorrió a toda prisa. Grandes nubes de vapor brotaban de la olla de hierro que borboteaba en la lumbre, y el fuerte olor de la cebolla impregnaba todas las superficies. Un bulbo yacía abandonado sobre una tabla, a medio cortar. La cebolla y la tabla, así como el cuchillo que alguien había dejado caer al suelo, estaban salpicados de sangre. Los ojos de Hazel siguieron el rastro de gotas rojas hasta que vieron a la cocinera. Estaba sentada en un taburete en un rincón de la cocina, junto al hogar, sujetándose una mano y meciéndose adelante y atrás mientras se lamentaba por lo bajo.

—¡Ah! —exclamó la cocinera cuando vio a Hazel. Había lágrimas en su rostro rubicundo, que estaba más enrojecido de lo habitual. La mujer se enjugó los ojos y se levantó alisándose las faldas—. Señorita, no esperaba verla aquí abajo. Estaba... dándoles un respiro a estas piernas que ya no me aguantan.

Intentó ocultar la mano detrás del delantal.

—Pero, Cook, ¿está sangrando! —Hazel intentó que la mujer le mostrara la mano herida. Pensó de pasada en la rana que llevaba escondida en la enagua y en la tormenta inminente, aunque solo un momento. Tenía que concentrarse en el caso que tenía entre manos—. Déjeme ver.

Un rictus de dolor atravesó el rostro de la cocinera. El corte era profundo y cruzaba la carnosa base de la palma sembrada de callos.

Hazel se secó las manos en la falda y levantó la vista para ofrecerle a la mujer una pequeña sonrisa que la reconfortara.

—No será nada, ya verá. Estará de maravilla antes de la cena. Usted, esto... —Hazel llamó por gestos a la pinche de cocina—. Susan, ¿no? ¿Me puede traer una aguja?

La tímida ayudante asintió y se alejó a toda prisa.

Hazel acercó la jofaina a la cocinera, le lavó la mano herida y se la secó con un trapo. A medida que la sangre y la suciedad desaparecían, el profundo corte asomó con claridad.

—Bueno, no parece tan grave ahora que hemos limpiado la sangre —la animó Hazel.

Susan regresó con la aguja. Hazel la sostuvo junto al fuego hasta que se ennegreció y luego se levantó la falda para extraer una larga hebra de seda de su combinación.

La cocinera lanzó un gritito.

—¡No estropee esas cosas tan buenas, señorita!

—Bah, pamplinas. No es nada, Cook, de verdad. Bueno, me temo que le va a doler un poquitín. ¿Se encuentra bien?

La mujer asintió. Sin perder un instante, Hazel fue deslizando la aguja por el corte de la mano para cerrarlo con puntos de sutura. La cocinera palideció y entornó los ojos.

—Ya casi estamos. Un poquito más y... ya está —dijo Hazel al mismo tiempo que ataba el hilo de seda con un nudito. Cortó la hebra con los dientes. Se le escapó una sonrisa al examinar su trabajo: una serie de puntos minúsculos, pulcros y uniformes que por fin le permitían hacer buen uso de la práctica adquirida con los aburridísimos bordados de su infancia. Hazel volvió a levantarse la falda (con cuidado, para que la rana no se moviera) y se arrancó una gruesa tira de tela de la combinación antes de que la cocinera pudiera protestar o lanzar una exclamación horrorizada ante el estropicio. Hazel vendó la mano recién curada tensando la tela—. Bueno, esta noche retire el vendaje y lave la herida, por favor. Mañana le traeré una cataplasma. Y lleve cuidado con el cuchillo, Cook.

Los ojos de la mujer seguían llorosos, pero alzó la mirada para sonreír a Hazel.

—Gracias, señorita.

Sin más contratiempos, Hazel subió a su alcoba y salió corriendo al balcón. El cielo todavía mostraba un tono gris. Aún no había llovido. Hazel respiró aliviada y rescató del interior de la falda la rana envuelta en el pañuelo. La desenvolvió y dejó caer la tela, que aterrizó húmeda sobre la baranda de piedra.

De todo el castillo de Hawthornden, las partes favoritas de Hazel eran la biblioteca —con el papel de las paredes moteado en verde, los libros encuadernados en cuero y la chimenea que se encendía cada tarde— y el balcón de su alcoba. Tenía vistas al arroyo flanqueado de árboles que discurría al fondo y desde el cual, hasta donde alcanzaba la vista, no oteabas nada más que naturaleza. Su dormitorio daba a la fachada sur del castillo. Desde allí no veía el humo que brotaba del corazón de Edimburgo, a una hora de distancia cabalgando en sentido norte, de modo que estando en el balcón podía imaginar que no había nadie más en el mundo, que era una exploradora plantada al borde del abismo que constituía la suma de todo el conocimiento humano, reuniendo el valor necesario para dar un solo paso adelante.

El castillo de Hawthornden estaba construido en lo alto de un risco. Sus muros de piedra cubiertos de enredaderas se cernían sobre los indómitos bosques escoceses y el pequeño arroyo que los atravesaba, cuyo cauce se perdía más lejos de lo que Hazel se había aventurado nunca a explorar. Su familia por parte de padre lo habitaba desde hacía más de cien años. El castillo tenía la historia Sinnett grabada en los muros, en el hollín, en la hierba y en el musgo que se adhería a las antiguas piedras.

Unos cuantos incendios declarados en las cocinas a lo largo del año 1700 habían obligado a reconstruir buena parte de Hawthornden, piedra a piedra. Lo único que quedaba de la estructura original eran los portalones, al principio de la

avenida, y una fría mazmorra excavada en la falda de la colina que, por lo que recordaban los vivos, nunca se había usado salvo a modo de amenaza: cuando la señora Herberts pillaba a Percy robando pudín antes de la merienda o aquella vez que el lacayo, Charles, intentó pasar un día entero allí encerrado para ganar una apuesta, aunque no duró ni una hora.

La mayor parte del tiempo, Hazel tenía la sensación de vivir completamente sola en Hawthornden. Percy casi siempre estaba jugando fuera o estudiando sus lecciones. Su madre, todavía de luto, rara vez abandonaba el dormitorio, que recorría de pared a pared como un alma en pena. A veces añoraba tener compañía, pero, por lo general, Hazel agradecía la soledad. Sobre todo cuando tenía previsto hacer un experimento.

La rana era pequeña y de un color marrón grisáceo. Sus delgadas extremidades, que cuando la había recogido en el camino se habían desplegado en sus manos como las de una muñeca de trapo, estaba rígidas en ese momento y tenían un tacto viscoso y desagradable. Pero la rana estaba muerta y se avecinaba tormenta; las condiciones eran ideales. Todo estaba preparado.

De detrás de una piedra que había en el balcón, Hazel extrajo un atizador de la chimenea y un tenedor para trinchar que había escondido semanas atrás, a la espera del momento ideal. Bernard se había mostrado vago hasta extremos irritantes respecto al tipo de metal que había usado el mago científico en Suiza —«¿Era latón? Tú solo dime, Bernard, ¿de qué color era?». «¡Ya te lo he dicho, no me acuerdo!»—, así que Hazel había decidido apañarse con los objetos metálicos que pudiera escamotear sin que nadie se diera cuenta. El atizador lo había cogido del despacho de su padre. Ni siquiera los criados entraban en esa estancia desde

que habían enviado al hombre y a todo su regimiento a la isla de Santa Elena.

Un trueno distante retumbó por el valle que se extendía a sus pies. Había llegado el momento. Cruzaría la línea entre la vida y la muerte usando la electricidad para reanimar la carne. Al fin y al cabo, ¿qué eran los milagros sino ciencia que el hombre todavía no entendía? ¿Y acaso el mayor milagro de todos no era que los secretos del universo estuvieran ahí, al alcance de cualquiera, en forma de códigos que podías descifrar si eras lo bastante inteligente, lo bastante obstinado?

Con delicadeza, Hazel colocó el atizador a un lado de la rana, y luego, con aire de solemne devoción, depositó el tenedor de cocina al otro.

No sucedió nada.

Acercó un poco más los dos objetos al animal muerto. Y luego, ya con impaciencia, los puso en contacto con la piel. ¿No tendría que...? No, no, si hubieran empalado la cabeza del reo con una lanza, Bernard lo habría mencionado. Cuando su primo regresó de su viaje por Europa, ella lo asedió a preguntas acerca de la exhibición protagonizada por el hijo del gran científico Galvini, la cual Bernard solo había comentado de pasada en la carta que le envió desde Suiza. Empleando la electricidad, el segundo Galvini había conseguido que las ancas de rana bailaran y que la cabeza cortada de un convicto parpadeara como si hubiera vuelto a la vida.

«Fue aterrador, a decir verdad —le había dicho Bernard antes de llevarse la taza de té a los labios y pedirle por señas al criado que le trajera otra galleta de jengibre—. Pero también fascinante/extraordinario a su extraña manera, ¿no te parece?»

Hazel no habría podido estar más de acuerdo. Y si bien Bernard se había negado a seguir hablando de ello —«¡Pero mira que eres morbosa, prima!»—, ella descubrió que podía

evocar mentalmente los detalles de la escena como si la hubiera presenciado en persona: el hombre enfundado en una chaqueta de estilo francés, plantado en el escenario de un minúsculo teatro con las paredes forradas de madera, delante de unas cortinas de terciopelo rojo cargadas de polvo. Hazel visualizaba la hilera de ancas de ranas agitándose arriba y abajo, como bailarinas de cancan, antes de que Galvini descubriera la atracción principal: la cabeza de un hombre ajusticiado en la horca. En la imaginación de Hazel, el reo conservaba el cuello entero, de modo que todavía se distinguían los cardenales allí donde la cuerda le había mordido la carne.

«Todos tememos a la muerte —imaginaba diciendo a Galvini con fuerte acento italiano—. ¡La muerte! ¡Cuán espantosa y terrible! ¡Cuán inevitable y absurda! Bailamos hacia ella como lo haríamos hacia una mujer hermosa —a los italianos les encantaba hablar de mujeres hermosas—, y la muerte se desliza hacia nosotros pidiéndonos por señas que nos acerquemos, cada vez un poco más. Y luego, cuando cruzamos el velo, no hay vuelta atrás. Sin embargo, acabamos de entrar en un nuevo siglo, amigos míos.»

A esas alturas del discurso, Hazel lo visualizaba sosteniendo una varilla de metal igual que Hamlet sostenía una calavera, y luego levantando una segunda vara para que el rayo bailara entre ambas mientras el público se deshacía en exclamaciones de asombro. «¡Y la humanidad está a punto de conquistar las leyes de la naturaleza!»

El público contenía el aliento cuando las luces del escenario chisporroteaban, estallaba el humo gris de la pólvora para dramatizar el momento y la cabeza del reo cobraba vida.

Bernard le describió la escena a Hazel en una carta. Ella la había leído tantas veces que se sabía de memoria hasta la última línea. Cómo se había agitado la cabeza del reo cuando

le acercaron las varillas a las sienes y cómo se le habían abierto los ojos. Por un momento, cabría pensar que había recuperado la consciencia y que parpadeaba por la escena que se desplegaba ante él —la multitud de hombres acompañados de sus esposas, engalanadas con sus mejores guantes y sombreros—, viéndola realmente. Bernard no había mencionado que la boca se abriera también, pero Hazel imaginaba una lengua negra que caía hacia delante, como si la cabeza estuviera harta de que la exhibieran en otro espectáculo más, en otra sesión matinal para una nueva concurrencia.

Cuando la actuación terminaba, Galvini saludaba con una reverencia entre aplausos de asombro, y luego los caballeros regresaban a sus villas y *châteaux* para entretener a sus huéspedes con la descripción de la velada tomando vino de Oporto.

«Parecía brujería —le había escrito Bernard—. Aunque me cuesta imaginar a un brujo llevando unos pantalones que le hicieran tantas bolsas.» En la misiva, Bernard también mencionó que había comprado un capote de caza por cuatrocientos francos y que había visto al príncipe Friedrich von Hohenzollern luciendo la misma prenda.

Sin embargo, allí estaba ella, bajo un cielo electrizado, con una rana muerta enmarcada por dos metales; y, a diferencia de los especímenes de Galvini, el de Hazel permanecía sumido en una triste, enloquecedora e inconfundible inmovilidad. Hazel miró a su espalda. La alcoba estaba vacía; su doncella, Iona, siempre la dejaba ordenada antes de que terminaran de desayunar. Hazel oía el tintineo del pianoforte, cuyas notas surgían por la ventana abierta de la sala de música, donde Percy hacía su clase. La señora Herberts preparaba la comida para llevarla al dormitorio de la madre de Hazel, como de costumbre. La mujer comía en el tocador, delante del espejo, envuelta en prendas de gasa negra.

Hazel contuvo el aliento y levantó el atizador una vez más. Había una cosa que aún no había probado, pero... De repente la invadió un mareo y notó el cerebro liviano, como si flotara en el interior de su cabeza. Le temblaban los dedos. Sin darle tiempo a su cuerpo a detenerse, clavó el atizador en la espalda de la rana hasta que la punta le asomó por la barriga. El metal penetró la carne con una facilidad desconcertante; el atizador atravesó la piel parda limpiamente y asomó por el otro lado húmedo y brillante de unas vísceras indeterminadas.

—Lo siento —dijo Hazel en voz alta, y de inmediato se sintió una boba. Solo era una rana. Solo era una rana muerta. Si quería ser cirujana, tendría que acostumbrarse a ese tipo de cosas. Como para demostrarse su propia presencia de ánimo, hurgó en la rana un poco más con el atizador—. Toma —murmuró—. Lo tienes merecido.

—¿Con quién hablas?

Era Percy, que estaba a su espalda. Tenía los ojos adormilados, el pelo apelmazado y llevaba una sola media en la pierna. Con tanta emoción, Hazel no había advertido que la música del pianoforte había dejado de sonar.

Aunque Percy ya contaba siete años, su madre todavía lo vestía como a un niño que tuviera la mitad de su edad, con una camisola de algodón guarnecida de puntilla azul y abierta por el cuello. Lady Sinnett lo consentía hasta lo increíble, como si fuera una figura de cristal de inmenso valor e infinitamente frágil. Era un niño egoísta y mimado, pero Hazel no podía guardarle rencor, porque lo cierto era que lo compadecía. El hecho de que su madre lo colmara de atenciones le proporcionaba a ella una libertad poco frecuente. Percy, en cambio, apenas tenía permitido salir de casa, no fuera a ser que, Dios no lo quisiera, se raspase la rodilla en el sendero del jardín.

—Con nadie —respondió Hazel, que se dio la vuelta y devolvió la rana a su escondrijo, en la cintura de la falda—. Venga, vete. ¿No deberías estar en clase?

—El maestro Poglia me ha dejado salir antes por portarme tan bien —explicó él con una sonrisa que dejó a la vista una fila de dientes pequeños y puntiagudos. Hazel se fijó en la mella de la hilera superior. Percy se meció sobre los pies—. Anda, juega conmigo. Mamá dice que tienes que hacer lo que yo diga.

—¿Eso dice? —El cielo empezaba a despejarse y una cinta azul despuntaba en el horizonte lejano. Si quería que su experimento funcionara, tenía que apresurarse. Debía llevarlo a cabo mientras todavía había electricidad en el aire—. ¿Por qué no le pides a mamá que juegue ella contigo?

—Con mamá me abuuurro —canturreó Percy, saltando sobre un pie y luego sobre el otro. Agitó la cabeza para apartarse los rizos rubios de los ojos—. Si entro en la alcoba de mamá, me pellizcará las mejillas y me obligará a recitarle la lección de latín.

Hazel se preguntó si su hermano George también habría sido así en la infancia, quejica y tan ávido de atención como Percy, que estaba siempre a la caza de un testigo que le diera un beso en la mejilla por cada cabalgata y lección que concluía. Le parecía imposible. Además, su madre no era tan temerosa y asfixiante en aquel entonces.

George había sido un chico callado e introspectivo. Sus sonrisas se te antojaban secretos que compartiese de lejos cada vez que las esbozaba. A los siete años, Percy ya había aprendido a esgrimir sus propias sonrisas como armas. ¿Se acordaba Percy siquiera de George? Era muy pequeño cuando el hermano de ambos murió.

Percy suspiró.

—Muy bien. Podemos jugar a piratas —dijo el niño con aire condescendiente, como si hubiera sido Hazel la que se había colado en la habitación de su hermano para suplicarle que jugara con ella, y Percy, por pura benevolencia, hubiera accedido al fin.

Hazel puso los ojos en blanco.

El niño proyectó el labio inferior hacia fuera con un mohín enfurruñado.

—Si no dices que sí, gritaré y llamaré a mamá, y se enfadará contigo.

Otra nube se desplazó. Un rayo de sol empezó a ascender por los bajos del vestido de Hazel y ella notó su calor amplificado por las enaguas.

—¿Por qué no bajas a las cocinas y le preguntas a Cook qué va a preparar para merendar? Seguro que, si se lo pides ahora, te prepara tus pasteles de limón favoritos.

Percy lo meditó. Torció el gesto en dirección a Hazel y a lo que fuera que escondía debajo de la falda, pero después de pensarlo un momento dio media vuelta y salió corriendo, sin duda de camino a la angosta escalera para atormentar a la cocinera y a la señora Herberts. El truco de Hazel había dado resultado: entre jugar con ella y comer pasteles de limón, no había color.

A Hazel no le quedaba mucho tiempo, pero antes de continuar tenía que asegurar la puerta. No podía permitirse más intrusiones. Entró en la alcoba y giró la pesada llave hasta que oyó el chasquido del cerrojo. Al momento, regresó corriendo al balcón, donde las pocas gotas de lluvia que habían caído en los escasos segundos transcurridos salpicaban de negro las musgosas piedras. Si su experimento tenía que salir bien, lo haría en ese momento.

Aferró el tenedor de cocina y lo agitó sobre cada una de las extremidades de la rana como un chamán. Nada. Quizá

la exhibición que presenció Bernard no fuera más que un truco. Tal vez nunca hubo un cadáver, tan solo un hombre escondido debajo de la mesa asomando el cuello por un orificio de la madera y con la cara cubierta de espeso maquillaje que daba un aspecto ceroso y lívido a su piel, como si estuviera muerto. Cómo debían de haberse reído el actor —el farsante— y el hijo de Galvini después del espectáculo mientras contaban los billetes que se habían agenciado y se emborrachaban con otros artistuchos de tres al cuarto cubiertos de maquillaje grasiento.

Y entonces, la rana se movió.

¿De verdad se había movido? ¿No habría sido un efecto de la luz? ¿U obra de la brisa procedente del valle? Pero Hazel no había notado nada. Las capas de su falda no habían ondeado. Agitó el tenedor sobre la rana muerta y empalada, una y otra vez, cada vez más deprisa, y entonces lo comprendió.

Extrajo la enorme llave de su bolsillo, la acercó a la rana con cuidado y el batracio empezó a bailar. La rana, que instantes antes yacía exangüe en su pica, ahora vibraba de energía. Todavía conservaba la voluntad de vivir, como si quisiera escapar. «Parecía algo sacado de un cuento de hadas», pensó Hazel. «Quítame el palo —parecía decir la rana— y te concederé tres deseos.» O quizá algo sacado de una pesadilla, como esas noveluchas que el tutor de Percy le pasaba a veces con un guiño. Los muertos cobran vida y quieren vengarse de los vivos.

¡Funcionaba! ¿A qué se debía? ¿Al magnetismo? El secreto era el material conductor de electricidad, pero ¿de qué metal estaba hecha la llave? Tendría que examinarla a fondo, hacer una serie de pruebas usando todas las combinaciones de metales que pudiera identificar. Exultante, Hazel siguió pasando la llave por las temblorosas extremidades de la rana. Pero, al cabo de un minuto, los movimientos se ralenti-

zaron y pronto cesaron del todo. Cualquiera que fuera la magia presente en la atmósfera, en los humores de la rana muerta, en el atizador o en la llave de la alcoba se había agotado.

La rana estaba muerta otra vez, y de nuevo, procedente de la alcoba contigua, Hazel oía el llanto de su madre. Lloraba casi cada día desde que George sucumbiera a las fiebres.

***Del Tratado de anatomía del doctor Beecham o  
Prevención y cura de las enfermedades modernas*  
(17.<sup>a</sup> edición, 1791), del doctor William R. Beecham,  
modificado por el doctor William Beecham III:**

El primer síntoma de las fiebres romanas (*plaga romanus*) son los forúnculos en la espalda del paciente. Pasados dos días, los forúnculos empiezan a abrirse y manchan de sangre la camisa del enfermo (de ahí el nombre de «fiebres romanas», por su parecido con las diversas puñaladas en la espalda de Julio César). Otros síntomas incluyen: encías oscuras, apatía, disminución de la micción y dolores. Nombres comunes de la enfermedad: mal romano, forúnculos, fiebres del albañil, muerte roja. Casi siempre es mortal. En 1815 estalló un brote en Edimburgo que se llevó cinco mil almas.

Si bien la tasa de supervivencia es mínima, aquellos que la superan conservan la inmunidad. No existe cura conocida.